

su amigo, llamado Mauricio de Lozada, y le pidió prestados sesenta pesos, que le llevaba el Escultor por su trabajo. Trataba el Medico à el Siervo de Dios con amigable llaneza, y con esta misma le dixo: que imaginasse las fianzas, que avia de darle, para asegurar su dinero: y que haciendo diligencia de buscarlos, bolviessse à el medio dia. Hizolo assi el Venerable Pedro, y concurriendo à la hora señalada, le dixo: que ya no necesitaba de tanta cantidad; porque la providencia Divina avia franqueadole veinte pesos. Instaba el Medico con piadoso gracejo, en que le diessse fianzas: mas viendo que por este medio le dilatava à su buen amigo el socorro; le diò toda la suma, que faltaba, para pagar la Imagen: pero le dixo burlandose: que si en el termino de ocho dias no le pagaba; lo avia de poner en prisiones. Respondiòle el bendito Varon con las voces que le dictaba su esperanza firmisima en Dios: que antes de cinco dias satisfaria su deuda: y que no siendo *assi*, le pusiesse en prisiones muy en buen hora. Bien seguro de no incurrirla, se pronunciò el Venerable Pedro esta sententia, como se viò en el efecto: pues antes de los cinco dias puso en manos de su acreedor quarenta pesos que le debia. Quedò el Medico admirado de el caso: y venerando la virtud de el Siervo de Dios, tan favorecida de su pro-

vida mano; le diò de limosna la mitad de la deuda.

Aun siendo pocos los años de el Venerable Pedro, se diò bien à conocer lo grande de su esperanza: pues supo su confiado aliento legar favores de la Divina providencia, desde su primera edad. Estando en casa de sus padres, padeciò el Siervo de Dios vna enfermedad tan gravosa; que pudo su malignidad dexarle tullido, con total embargo de todas las facultades de moverse. Aplicaronsele quantos remedios pudo discurrir oportunos la Medicina: pero todos fueron inutiles en el efecto; porque nada le aprovechaban. Desesperado de los medicamentos humanos, cuya ineficacia experimentaba, se motivò à esperar todo su alivio en los Divinos auxilios: y para conseguirlos, eligiò el medio de visitar vna Hermita, sita algo distante de su patria, donde se venera el glorioso San Amaro. Puso por obra su buen proposito; y à el mismo tiempo, que hazia su romeria, valiendose, como de pies, de sus manos, y rodillas; ofreciò rezar à el Santo vn Padre nuestro, y vna Ave Maria, y avivò la esperanza de conseguir por este medio la salud. No se le retardò mucho el logro de este beneficio: pues antes de llegar à la Hermita, se hallò enteramente sano. De modo obtuvo la expedicion de sus impedimentos, que concluyò à pie su jornada:

nada: y aviendo hecho con singular devocion su visita, se bolviò à su casa à ser assombro de sus padres, y otros sugetos con su milagrosa sanidad. En memoria de este beneficio estableciò su gratitud, que en el Hospital de Bethlehen de Goatemala se rezasse diariamente despues de la oracion este Padre nuestro, y Ave Maria: y assi se observa, aun despues de su muerte, no solo en este Hospital; sino en todos los demàs de su Instituto.

CAPITULO XV.

*ARDENTISSIMO AMOR
à Dios de el Venerable Pedro
de San Joseph.*

PAra historiar la caridad de el Venerable Pedro, bien se necesitaba otra pluma, mas bien cortada, y mas veloz, que la mia: porque fue en esta virtud de tan alta, y dilatada esfera; que aun se quedará corta en copiar su incendio, la que con mas acierto, y menos tarda se moviessse. No pasaría la nota de hyperbolico en este assumpto el estilo mas eloquente; antes se confessaria menor, que este abrasado Etna, la mas ponderada alabanza. Assi lo confesò antes que yo con la sinceridad de informante el Capitan Don Nicolas de Valenzuela, quien reflectando en todos los hechos de el Siervo de Dios, que te-

nia bien comprehendidos, dixo: que en los exercicios de caridad fue tan heroico el Venerable Pedro; que ninguna ponderacion puede ser grande en referir las obras de caridad, y misericordia, en que se empleò continuamente. El privilegio de la excelencia, y mayoria, que tiene à las demàs virtudes la Caridad, es justo denominativo de este glorioso sugeto; porque en la Caridad fue mayor, y mas excelente, que en todas las restantes virtudes. Si se notan los caractères, con que describe el Apostol esta virtud, no avrá quien, leyendo la vida de el Venerable Pedro, dificulte, que fue todo caridad: porque le hallarán pacifico, benigno, sin emulacion, sin nota de malicia, sin hinchazones de soberbia, sin ambicion, sin interes proprio, sin irritacion, triste en los males agenos, y gozosisimo en la verdad. La bondad Divina es el vnico motivo, que excita de esta virtud los exercicios: pero siendo muchas las materias de su empleo; es vna admiracion el contemplar, como llenò todos sus numeros la caridad de el Venerable Pedro. No avia persona, calidad, estado, lugar, ni tiempo, à que no alcanzasse su enamorado incendio: ni cosa, en que se manifestasse la bondad infinita, donde no prendiessse su caritativa llama. Este es vno de los casos, en que la misma abundancia dificulta la relacion, y mucho

mas el orden de dezir: y mi cordedad no halla otro norte conveniente para su discreta narrativa; fino que siga la Historia la distincion, que esta virtud atiende en sus materiales objectos.

El primer assumpto, à que termina la Caridad sus actos, es el mismo Dios; cuya bondad inmensa pretende en el amor de sí misma los primeros empleos de esta virtud: y à este Señor supremo fueron extremados los amores de el Venerable Pedro. Aunque el amor à Dios consiste en las interioridades de el alma; quando es mucho este fuego, no puede dexar de comunicarse à el exterior por las minas de las sensitivas facultades. Esta verdad diò à conocer lo mucho, que amaba à Dios este Siervo suyo: pues no pudiendo contener oculto el incendio de su caridad; desahogaba sus ansias en manifestas expresiones. El Reverendissimo Fray Rodrigo de la Cruz, como testigo domestico, dixo: que el Venerable Pedro estaba siempre en vn continuo acto de amor de Dios; porque atendió en sus obras, que son el indice de este abrasado afecto, vn continuo obsequio à la Magestad Divina. Vn sugeto, bien-hechor de el Siervo de Dios, y muy familiar suyo, le dixo en ocasion, que tenia hospedados en su Hospital gran multitud de forasteros: que por qué daba albergue en su casa à aquellos vagabundos? Oyendo el Ve-

nerable Pedro palabras tan injuriosas à la caridad, respondió, vertiendo tiernas lagrymas: *Hermano, yo soy el vagabundo, y estos son pobres de Jesu-Christo.* A este mismo sugeto, que en otra ocasion hablaba con la misma nota, le dixo el Siervo de Dios: que era preciso, servirles con gran cuidado, y con mucho respeto; porque no sabia, quien se ocultaba debaxo de su pobre ropa. Como no es perfectamente amante, el que no padece por el amado, deseaba padecer, y padecia mucho por Dios; acreditando así lo fino de su amor à la Magestad Divina. En cierta ocasion se encontró con el Venerable Pedro vn sugeto, que con devota curiosidad le pidió, que por amor de Dios le dixesse: en qué cosa pensaba en aquel instante? Por el motivo, que alegaba en su suplica, condescendió el Siervo de el Señor, y le satisfizo, deziendo: *Vengo pensando, que me tendria por dichoso, si puesto sobre vn jumento, con el pregonero à el lado, y à el son de vna trompeta me passeassen por la plaza, dandome cien azotes; para sufrirlo todo por amor de Dios.* Llegò su fineza en este punto à el grado mas supremo; porque desleò fervoroso dar su vida por Dios en las aras sangrientas de el martyrio. Estos deseos de padecer, que le influia el amor à Dios no cabian en su disimulo: por cuya razon eran explicacion frequente de sus labios;

bios. Por razon de sus impulsos amorosos se proponia vn simil tan proprio, como conveniente. *Si algunos hombres, dezia, padecen prisiones, y trabajos, porque son deudores de otros hombres; por qué yo no padeceré semejantes penurias, pues soy tan deudor à Dios?*

De este fogoso principio nació el zelo, con que solicitò continuamente el mayor culto de la Magestad Divina: y este fue el que regulò sus operaciones todas en santidad, y justicia. De tal modo se empenò, en que el amor de Dios fuese el norte de todas las acciones Christianas; que no solo en las proprias, en que podia tener arbitrio; sino en las ajenas, que dependian de voluntad estraña, procuraba, que resplandeciese esta llama, como fin vnico de su execucion. A diversas personas, que le pidieron limosna, ò el remedio de otra alguna necesidad, suplicandole, que lo hiziesse por su vida, ò por otro motivo temporal, les despidió sin socorrerles, diziendoles: *Andad, hermanos, que no sabeis pedir.* Si despues, ò por reflexion propria, ò por instruccion ajená repetian sus suplicas, pidiendole su alivio por el amor de Dios; à el punto los despachaba remedios, diziendoles con gracia: que de aquella suerte se pedia. Fue ocupacion comun de el Venerable Pedro, llevar à los enfermos por regalo vna porcion de Atòle (así se llama en aquellos Reynos

de la America vn licor equivalente à las almendradas, que se hazen en nuestra España: y solo ay distincion, en que la materia es harina de maiz, y su confeccion es algo mas espesa) y estando con vna olla de este en cierta casa, para administrar lo à vn enfermo, le fue hecho vn recado por medio de vna criada: en cuyo despacho tuvo ella bien que sentir, y se manifestó mejor el amor de el Siervo de Dios à su soberano dueño. Dixo la muchacha de parte de su señora, que por su bella cara le diese vn poco de Atòle, para remediar con él, o alguna dolencia, ò alguna necesidad. Oyò el Venerable Pedro la petition: y no pudiendo sufrir su zelo, que en ella se expresasse tan baxo motivo; levantò la mano, y le diò con muy buen ayre vna bofetada, diziendole: que aquel no era modo de pedir; porque las peticiones debian hazerse por amor de Dios. Diòle, no obstante esto, el Atòle para su señora, y de camino le embiò estampada en la cara de la criada la advertencia, de que el amor de Dios debia ser el motivo vnico de las suplicas.

No permite, quien ama, que sea ofendido en vn apice el dueño de sus aficiones: y este estilo, en que empena tanto à los hombres el amor mundano, fue singular empeño, en que puso à el Venerable Pedro el amor de Dios. En tiempo de tempestades, y terremotos

remotos era extraordinario el jubilo, y alegría de el Siervo de Dios: y aviendole preguntado, qual fuese la causa de estar tan festivo en tales ocasiones, respondió: que lo hazia; porque atemorizados todos los hombres con aquellas amenazas; no pensaban en otra cosa, que en clamar à Dios; pidiendole perdon de sus culpas. Tanta era su vigilia en esta aplicacion; que en ella gastaba todo lo mas de el tiempo: no teniendo interrupcion su desvelo, aun en los silencios de la noche. Esta era la hora, en que repitiendo à el son de vna campanilla aquellas devotissimas palabras: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo-Immortal tened misericordia de nosotros*; excitaba en los corazones el amor, y temor santo de Dios: pidiendo oraciones, para que los que estaban por la culpa en enemistad de el Señor, no permaneciesen en las ofensas à la Magestad soberana. Fue en este exercicio tan eficaz, y tan permanente; que perseverò en el, hasta que le faltò el aliento: pues en este empleo diò sus casi vltimas respiraciones. No faltò el Cielo à la correspondencia de su zeloso ardimiento: pues obrò cosas raras en credito de el amoroso impulso, que le movia. Siguiendo los ardimientos de su espiritu, caminaba el Siervo de Dios en vna noche, cuyas lobreguezes amedrentaban con horrores; y en que las nubes se resolvian en diluvios. Por el soni-

do de la campanilla, y los ecos de su voz fue sentido el Venerable Pedro de vn Oidor, llamado Don Juan Garate, cuya estimacion à el Siervo de Dios, y concepto de sus virtudes fueron de tal grado; que por este solo motivo le hizo su compadre en el Baptismo de vn hijo suyo. Lastimado este Cavallero de considerarle, padeciendo tan crueles tempestades; hizo salir fuera sus criados, y familia con orden, de que entrassen en casa à el Siervo de Dios, y le aliviassen de aquel trabajo. Hizieronlo asì: y quando juzgaron, que estuviesse todo mojado, por lo mucho, que llovía; hallaron, que tenia la ropa tan feca, como lino cayera gota de agua. Sucesso es raro, y muy extraordinario; pero fue en el caso muy consiguiente: porque si el amor à Dios, y zelo, de que no fuesse ofendido, le traía por las calles; como avian de dañarle las aguas, si estas, aunque sean muchas, no prevalecen contra el fuego de la caridad? Admiraronse todos: y admiròse de el caso su devoto; y en vista de su maravilloso privilegio, le dexaron ir à la prosecucion de su santo exercicio.

A este intento mismo fue raro, y bien singular el caso, que sucediò, siendo niños, à el Reverendo Padre Fray Francisco de Sequera, Religioso Dominicano; y à el Reverendo Padre Fray Manuel de Sequera, Religioso de mi Serafico Instituto. Encontraronse en cierta

ocasion con el Venerable Pedro, y se les vino à el pensamiento, pedirle algunos quartos, para comprar con ellos alguna fruta, y dar asì vn buen rato à su golosina. Para lograr el efecto con mas certeza, previnieron vna ficcion, con que pensaron con mas astucia, de la que podia presumirse de su edad, mover eficazmente las piedades de el Siervo de Dios à el buen despacho de su peticion. Acercaronse à el con semblante de afligidos, demostrando en el aspecto, averles sucedido algun fracaso; y vno de ellos le dixo: Hermano Pedro, dènos vn real de plata, para suplir con el la falta de otro, que nos entregò nuestra madre para cierta dependencia, y se nos ha perdido. Oyò la representacion el Venerable Siervo de el Señor; y reconociendo la mentira, que avia forjado la travessura de los muchachos, sacò vn bolsillo; y tomando en la mano vn real de plata, les dixo à el mismo tiempo con gran severidad: *Advertid, rapaces, que aunque supiesseis, que vuestro padre estaba en el Infierno, y que con dezir vna mentira, le aviais de sacar de alli; no la debiais dezir, por ser ofensa de Dios. Tomad este real de plata, y andad con Dios.* Bien pudo escusar la dadiva el Venerable Pedro, aviendo reconocido su malicia: pero hubo de ser disposicion de el Altissimo, para que en la prosecucion de el sucesso fuesse la reprehension mas continuada, y

quedasse mas conocido el ardiente zelo, con que el Siervo de Dios aborrecia sus ofensas. Tomaron los muchachos su real de plata con gran confusion: pero sin embargo de ella, se fueron à la plaza à buscar, que comprar con el dinero. Entre todas las frutas, que allí avia, hizieron eleccion de comprar vnas nuezes, como lo executaron; pero con tan mal logro, que aviendolas partido, las hallaron todas vanas; sin encontrar en lo interior de ellas otra cosa, que viento, como alimento proprio de los que mienten. Conocieron los muchachos, bien à su disgusto, que aquel era castigo de el Cielo, por aver querido ofender à Dios; diziendo à su Siervo vna mentira.

CAPITULO XVI.

CARIDAD FERVOROSA

de el Venerable Pedro con los pobres: y extraordinarias providencias, que experimentò en estos empleos.

PARto legitimo de el amor de Dios es el amor de el proximo: en aquel calor se fomenta este fuego: y de aquel incendio procede esta llama. Por esso, aviendo sido el amor à Dios de el Venerable Pedro tan intenso, fue extremadissima su caridad con el proximo; sin que bastardeasse levemente en el efecto la nobleza de